

“Jacob-Freud: El Puro y el Desvalimiento”.

Soy un joven psiquiatra, con formación psicoanalítica y cursando el master en desvalimiento que con cierta audacia me he atrevido a escribir sobre Freud. Por ello leo este artículo con una cierta cautela.

Una gran pasión en la vida de Freud fueron los puros, un tema ya bastante tratado y conocido. Sin embargo, poco se comenta que ese vicio de caballeros lo había heredado del viejo Jakob. Sí, ese bulto tenía la costumbre de fumar para despreocuparse; y podemos imaginar al pequeño Freud volviendo de sus clases del ciclo fundamental y encontrarse con el padre echando humo a su alrededor.

La relación de Sigmund Freud con los puros era algo que debería haber llevado en serio: a fin de cuentas, mismo después de enterarse del diagnóstico de las alteraciones leucoplásicas en el paladar, Freud continuó con el hábito heredado de Jakob, que sin duda, de la misma forma lo debió de llevar en serio.

A fin de cuentas, “los puros suavizan el dolor y la soledad de las personas, a la vez que proporcionan miles de bellas imágenes” (George Sand, seudónimo de Aurore Dupin, escritora francesa). Mark Twain, escritor norteamericano, destacaba que si no pudiese fumar puros en el cielo, ¡preferiría no entrar! Como se ve, hay una relación de amistad y un lazo afectivo mayor entre padre e hijo que nuestros ojos permiten admirar a simple vista. ¿Cómo examinar esos hechos a la luz del psicoanálisis? Pues bien, en primer lugar tenemos que observar qué quiso decir Sigmund cuando se le interpeló si un puro sería solamente un puro. Obviamente que él se refirió que un puro era solamente un puro, que no era un objeto fálico-genital que se ponía en la boca para satisfacciones meramente orales primarias. Era menos que eso: no llegaba a ser algo genital, sino pre genital y quizás anterior aún a lo oral primario, es decir, algo muy unido a aspectos de desvalimiento.

En segundo lugar, testimoniamos la identificación con aspectos enfermizos y mórbidos del padre cuando sigue con un vicio en donde ya se advierten señales de degeneración. Cuando le avisaron que su taquicardia, mientras residía aún en el Hospital General de Viena, se debía en parte a la nicotina del tabaco y que por eso mismo tendría que dejarlo, Freud soporta apenas unos pocos días, para después confesarle a la novia que el puro fue la solución definitiva para su malestar precordial. Con ello ya tenemos material para prever identificaciones futuras con el padre enfermo - siendo que “precordial” remite a lo pre genital que sobreviene con más claridad unas décadas después. Cuando Max Schur enfatiza que las alteraciones leucoplásicas están directamente relacionadas al hábito de fumar puros (y que

Freud ya no los consumía como un simple placer), Sigmund pasa a fumar tanto como antes; aunque lleve “el monstruo” dentro de la boca, introduce todavía más humo para ensombrecer la verdadera unión enferma y desvalida con el fallecido padre. Como vemos, se pasa de un hábito de caballeros a un vicio de desvalidos para decirlo en pocas líneas.

En octubre de 1896 Jakob Freud se muere y Sigmund escribe las siguientes líneas a Fliess: “En algunos de los oscuros laberintos que están por detrás de mi conciencia oficial, la muerte de mi padre me afectó profundamente. Yo lo tenía en alta cuenta y lo comprendía a la perfección. Su mezcla singular de sabiduría profunda y ligereza fantástica significó mucho en mi vida. Al morir su tiempo ya se había pasado, pero dentro de mí la circunstancia de su muerte despertó todos mis sentimientos más antiguos. Ahora me siento completamente desarraigado”. ¡Sabemos que no es enteramente verdadero! A los siete años de edad Freud orina deliberadamente en el cuarto de los padres, y fue reprehendido por Jakob, quien exclamó: “¡Este niño nunca llegará a nada!”, obviamente diferente del orgullo habitual que emanaba. Con todo, esa previsión volvió a molestarle décadas después. ¿Cómo comportarse ante el hecho de ser mayor que el padre?

En “Un Disturbio de Memoria en la Acrópolis” (1936) Freud recuerda que se encontraba en la Acrópolis y recorrió con los ojos el paisaje a su alrededor y pensó que todo aquello era realidad, realmente existía, exactamente como aprendemos en la escuela. La situación psíquica, que parecía tan confusa y tan difícil de escribir, puede aclararse satisfactoriamente con la idea de que lo que veo no es real, tal cual una irrealidad.

Freud - hacia 1920- ya transitaba más allá del principio del placer; un puro no sería, de ahí en adelante sólo un puro, sencillamente. La presentación de su trabajo “Más allá del Principio del Placer” fue recibida por muchos con extremada reserva, además de que creyeron tratarse de una expresión de las angustias mórbidas, fúnebres del propio autor. Max Schur, médico personal de Freud y quien lo acompañó hasta la muerte creía en ello. Los acontecimientos absurdos de la Primera Guerra Mundial, la muerte de su nieto preferido, el suicidio del psicoanalista Tausk y la muerte de la hija Sophie debido a la llamada gripe española conmocionaron al sexagenario Freud. Sin embargo, confesó por carta que nada de eso le había molestado tanto como la muerte del amigo y mecenas húngaro Anton von Freund. Un verdadero caldo para preocupaciones sombrías se había formado en Freud; se preocupaba con la propia muerte, debido a la superstición con el número 62 - y de hecho creía que se moriría cuando completase los 62 años, es decir, en 1918.

En febrero de 1926 Freud había sufrido dos ataques de angina cuando realizaba sus caminatas diarias, hecho prontamente atribuido a la intolerancia por el tabaco, tal vez un momento de lucidez dentro de tantas desmentidas. Ferenczi estaba convencido de que la causa de esas crisis era la angustia y se propuso a pasar algunos meses en Viena para analizarlo; Freud le agradeció y rehusó la propuesta.

La decisión de no fumar, para Freud, era ilógica. Fumaba al escribir, fumaba mientras analizaba a sus pacientes, e incluso durante sus caminatas diarias; se fumaba, aproximadamente, unos 20 puros al día. Conforme escribió Raymond De Saussure, paciente de Freud, la reminiscencia del olor de los puros del padre analítico invadían la sala de espera y ya promovían una conexión del analizado y su analista; era una experiencia sensoria única. Acostado en el diván, en la sala oscura, recuerda que la única claridad no venía de la ventana que daba hacia el jardín, sino de la mente de Freud, y que el contacto se establecía por la voz y por el olor de los puros, fumados continuamente. Martín Freud, hijo celoso, comentó que al final de un encuentro que solía ocurrir los miércoles, la biblioteca en la cual se reunían estaba con el aire tan denso que era imposible pensar en un ser humano viviendo allí algunas horas; era imposible hablar sin toser. Al principio de las reuniones se podía percibir el olor del café, pero enseguida se perdía. Para Freud, la única obligatoriedad de sus convivas era la de fumar un puro, como lo comentó Hans Sachs cierta vez.

Conforme registros, la adicción al tabaco empezó alrededor de los 24 años de edad. Cito Freud: "los puros sirvieron precisamente durante 50 años como protección y como arma para los combates de la vida... Le debo al puro una gran intensificación de mi capacidad de trabajo y mejora en el auto-control." ¡Tal desmentida no nos puede permanecer ajena! Cuando se le preguntó qué representaba el fálico puro que llevaba en la boca, Freud sencillamente contestó que a veces era simplemente un puro, refiriéndose que no era un objeto fálico, genital; Freud nunca terminó la respuesta, pero se trataba, verdaderamente, de un medio pre genital de desvalimiento, de alcanzar un estado embriagador de vacío -¡ cuánta angústia! Conforme quedó anotado en su diario, fumaba al despertarse y daba el último suspiro de tabaco cuando se acostaba.

Ya había sentido problemas relacionados con el tabaco antes de cambiar el siglo; su novia, en la época, intentó en vano disuadirlo a parar de fumar, tal como después lo hizo Fliess y su primer médico, al encontrarle lesiones visibles en el paladar. Cuando en las pocas veces en las que intentó parar, tuvo síntomas de taquicardia e incomodidad física inespecífica, de forma brillante fueron atribuidas a la falta de nicotina. Así pues, tenía que

fumar, tenía que superar al padre en número, en cantidad de puros, para probar definitivamente que sería alguna cosa, sí – aunque fuese (a costa de contraer un cáncer)- un canceroso que aguanta morir sin abrir mano de un vicio. Al desafiar a sus médicos y cuidadores estaba desafiando al padre.

Por lo menos en dos ocasiones la desestimación de los afectos le fue bien sucedida. La primera, cuando interpela o contesta que un puro es tan sólo un puro, sin mayores significados y simbolismos. Y la segunda, cuando tuvo el ataque-crisis de angustia a plena luz del día y encontró inmediatamente una explicación puramente química - el exceso de nicotina -, emparentándose más con un neurólogo que con un analista. No llegó a percibir la importancia de su angustia como la señalización de afectos imbricados.

Antes de morir, en el cumpleaños de su hermano Alexander, Freud le hizo la donación de su más valiosa colección, toda la reserva de puros y le pidió que los aprovechara de la misma forma que él lo había hecho.

En la última foto que le sacaron a Freud y de la cual se sabe, lo vemos sentado a la mesa en el consultorio londinense, terminando sus Moisés y hay un detalle que llama la atención: en la mano derecha sostiene un puro, compañero que lo unía directamente a su padre, ya no liberaba nada de humo, estaba muerto.